

Puntualizaciones retrospectivas y otros datos sobre Antonio Machado

I

Conocí personalmente muy poco a don Antonio Machado. En mi juventud, sólo de vista; en los cafés, en los estrenos teatrales, en las calles. Una tarde le vi en un salón limpiabotas que había en la Puerta del Sol casi al lado del Bar Flor; él y su hermano Manuel se estaban limpiando el calzado juntos, creo recordar que porque una o dos horas más tarde tenían un estreno en el Teatro Español con Margarita Xirgu. (No sé cada cuanto tiempo haría don Antonio esta limpieza, dado su tradicional abandono en el atuendo. Don Manuel era más pulcro a este respecto). En el Ateneo de Madrid sentí el contacto de su mano cuando me presentó a él Miguel Pérez Ferrero, allá por mis veintitantos años, al entregarle en mano mi primer libro poético; el segundo (1932), lo llevé a su casa de General Arrando y lo recogió una señora mayor, que supuse fuera su madre; no me acusó recibo. Pero nunca osé acercarme a él yo solo para saludarle. Mi respeto hacia su figura humana coartaba mis deseos.

Sin embargo, durante la guerra civil, en Valencia y en el verano de 1937, tuve la fortuna de hablar con él algo más de media hora, mano a mano, en ocasión de llevarle a su casa de Rocafort, «Villa Amparo», un paquete de tabaco y otro de café que, en nombre del Presidente Azaña, me entregó un amigo de éste y mío (Don Amós Salvador), en el café de la Paz, al enterarse de que yo tenía que desplazarme a Rocafort aquella tarde por motivos sanitarios de Aviación. Me acompañó el oficial de Intendencia de este cuerpo señor Verdú.

Salió don Antonio a mi encuentro en la terracita del brazo de su hermano José, con un andar muy dificultoso que pronto comentaré, y se sentó en una butaquita de mimbre, ofreciéndome la contigua. Su hermano y Verdú lo hicieron en sillas. Don Antonio, al que reiteradamente habían prohibido fumar en el decurso de los años los doctores Gregorio Mañón, Teófilo Hernando y Luis Calandre en Madrid, estaba cumpliendo a rajatabla la últi-

ma orden que en Valencia le diera el doctor José Puche Alvarez, rector de la Universidad, que pocos meses después pasó a ser mi jefe directo, como Jefe de Sanidad del Grupo de Ejércitos. Pero Machado, según sus propias palabras, «echaba una canita tabáquica al aire» de vez en cuando, con cigarrillos de una mezcla de tabaco y hierbajos que despreciaba con gestos de asco. Al contemplar, risueño, el paquete de auténtico tabaco de La Tabacalera, se emocionó y, sin pensarlo dos veces, lo rompió por una esquina, hizo con sus dedos nicotinizados un pitillo (así lo calificó) que inmediatamente encendió con el mechero de Verdú, dándole dos o tres fumaditas seguidas, para tirar la colilla rápidamente al suelo y pisotearla, mirando con contenida rabia a José, que se rio¹.

En el escaso tiempo de mi visita habló con pena del cierre de la Casa de la Cultura, anunciado o ya llevado a cabo, de cuyo patronato había sido presidente, citándome a sus amigos de la misma, Lafora, Duperier, Río Hortega y algún otro que yo no recuerdo. Mostró admiración sin límites por Azaña, dedicando elogiosos adjetivos a su lucidez mental y a su seguramente sufrida actuación. Varias veces he comentado ante amigos una frase refranera que sobre el presidente le oí: «Al pobre Azaña no le arriendo la ganancia...; creo que ningún otro político español está más en su verdadero sitio... ¡Pero vaya sitio el suyo!... le costará la vida...» La pronunció con un deje de amistosa condolencia o amargura y simultánea y pícaro sonrisa. Y se extendió en otras consideraciones, por ejemplo, que Azaña era el mejor orador que había conocido porque jamás le viera el menor titubeo en su expresión verbal. Seguía afectadísimo por la muerte de Unamuno de la que sólo sabía datos aislados y otros procedentes de habladorías. Y me confesó con vehemencia y ademanes de clara sinceridad (él que solía accionar tan poco al hablar), que, a pesar de la relativa tranquilidad del lugar en que residía, escribía casi solamente prosa pero con enorme desgana, teniendo que «desgañitarse los sesos», porque se lo pedían encarecidamente. Le preocupaba mucho «adónde iríamos a parar», frase que según me dijeron otras personas repetía con insistencia. Corté yo mismo la para mí inolvidable entrevista, porque llegó a visitarle el general Miaja², al que ya Machado me dijera que estaba esperando. Al despedirme, don Antonio me pidió le llevara a Valencia un gran sobre para entregárselo, en el café Hungría, a uno de los que editaban *Hora de España*. Intentó acompañarme hasta el coche, tal era su educación; pero entre su hermano y yo lo impedimos. Cuando le vi salir a mi encuentro, me llamó mucho la atención su manera de andar, con unos pasitos cortos, casi sin levantar los pies del suelo y con las rodillas semidobladas, como acusando un gran trastorno periférico, que se sumaba a sus ya anteriores dificultades cardiorrespiratorias. Después de la guerra civil me confirmaron sus enfermedades los cuatro médicos que antes cité: tenía una gran dilatación aórtica y cardíaca, una bronquitis crónica de fumador empedernido y una arterioesclerosis de ambas piernas, en las que según Puche ni se le tomaban los pulsos en las pedias. Este incluso se acordó de la fase de empeoramiento arterioesclerótico que yo le había intuido cuando le visité. Recordando aquel modo de andar, acogota el corazón pensar en el martirio que hubo de sufrir al huir de España a pie, lloviendo y con su madre anciana cogida del brazo. En Rocafort le vi por última vez y recibí el honor de dialogar con él. Unos años después, en Colloure, solamente pude contemplar la sepultura.

¹ Justamente por aquellas fechas y en carta a Juan José Domenchina, calificaba de cosa terrible el haber estado sin tabaco muchos días (27 de julio de 1937). Como Domenchina tenía muy frecuentes contactos con Azaña he pensado que el tabaco del que yo fui portador fuera una respuesta del Presidente a tal lamentación, transmitida por aquél.

² A Miaja le había yo tenido ingresado la noche antes en el sanatorio de reposo de pilotos que yo dirigía en la playa de la Malvarrosa, víctima de un berrinche con el ministro por motivo de un intercambio de prisioneros con el gobierno de Franco. Pero se fue por la mañana temprano sin despedirse y cuando me crucé con él en casa de Machado solamente me dijo al saludarle yo estas palabras: Ya estoy bien.

En ocasión de un viaje a Roma con motivo del 70 cumpleaños de Rafael Alberti almorcé o cené dos o tres veces con el «Comandante Carlos» y la familia del Coronel Cerdón y oí al primero decir que don Antonio Machado le había producido una «impresión mitológica».

II

En los protocolos de mi vida posterior a la guerra civil y cuando ya me veía libre de preocupaciones serias, me envanezco de haber contribuido con dos granitos de arena a memorizar el nombre de don Antonio, y creo mi deber recordarlos. Yo tengo en Torrelodones una casa en la que durante más de cuarenta años fui acumulando los corazones de mi colección. Solía recibir de vez en cuando a los más queridos y dilectos amigos, convocándoles con unas invitaciones que llevaban por título, evidentemente cursi, el de «Monólogos de los corazones. Diálogos de los hombres». En 1968, cuando ya se acercaba el aniversario de la muerte de don Antonio Machado (fines de enero o comienzos de febrero) decidí convocar a un grupo de intelectuales con cuya amistad me honraba, para rendir el 22 de febrero un homenaje a don Antonio Machado, ofreciendo a todos el conocimiento de unos breves manuscritos inéditos del gran poeta con que me había obsequiado Azorín años antes. Las invitaciones para este año estaban impresas a dos caras y dobladas por el centro; en la parte de abajo de una de ellas figura una lista incompleta de los invitados.

A pesar de que por aquellas fechas se consideraba delictiva cualquier reunión concerniente a Antonio Machado, no pedí oficialmente permiso a las autoridades, pero di noticia de ello al Director General de Policía señor Laguardia, cliente mío, que prometió hacer la vista gorda si allí no se producían incidentes, de lo que yo le respondí. Como mi casa no tenía capacidad suficiente para albergar el centenar de personas que esperaba, se me concedió el salón de actos del Club de Torrelodones, cuyo aforo era de unos doscientos asientos. Y allí nos trasladamos después de que los invitados vieran mi colección y tomaran unas copas o un café. Acudieron las siguientes personalidades que cito por orden alfabético: Goico Aguirre, José Luis Aranguren, María Baeza, Luis Calvo, José Luis Cano, Josefina Carabias, Heliodoro Carpintero, Vicente Carrasco, Carmen Castro de Zubiri, Manuel Cerezales, Luis Cifuentes Delatte, Pablo Cobos, Antonio Díaz Cañabate, Guillermo Díaz Plaja, Manuel Díaz Velasco, Gerardo Diego, Enrique Escardó, Antonio Espina, Mercedes Fórmica, Domingo García Sabell, Ángeles Gasset, Alberto Gil Novales, Plácido González Duarte, Ricardo Gullón, Carmen Laforet de Cerezales, Enrique Lafuente Ferrari, Pedro Laín Entralgo, Miguel Pérez Ferrero, María Pérez Zalabardo, Mariano Quintanilla, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Antonio Sánchez Barbudo, Antonio Sánchez Romeralo, Pablo Serrano, José Tudela, Rodrigo Uria, Fernando Vela, Luis Felipe Vivanco, Luis Zarraluqui y Xavier Zubiri, más los familiares y amigos que se sumaron. Excusáronse de asistir por carta Vicente Aleixandre por su enfermedad y los hermanos Soledad, Miguel y José Ortega Spottorno por motivos varios.

Se inició la sesión bajo la presidencia de Heliodoro Carpintero, Pablo Cobos y Mariano Quintanilla por su calidad de amigos de Antonio Machado. Sobre la mesa una estatua del donante Azorín, por Sebastián Miranda, y una fotografía de la conocida cabeza de Machado por Pablo Serrano. Empecé yo el acto proyectando en pantalla las líneas de Azorín que acompañaban su regalo y los documentos restantes, que eran: 1. Las citadas líneas de Azorín. 2. Unas cartas de Antonio Machado a Unamuno de distintas fechas. 3. Una carta de don Antonio a Juan Ramón Jiménez sin fecha, respondiendo a una petición que éste le hiciera de parte de Azorín, de unas notas autobiográficas y una fotografía, para una antología que preparaba. 4. Cuatro medias cuartillas manuscritas de Machado, desconocidas hasta entonces, en letra pequeñísima y con los datos solicitados por Azorín; están reproducidas en un trabajo mío de 1969 (*Papeles de Son Armadans*, números 160, 161 y 162).

Antes de seguir hablando de la sesión me interesa hacer dos aclaraciones, primera: un ilustre profesor de muy honorable garantía, para mí y para todos, me ha informado privadamente de que algunas personas han dicho que las notas autobiográficas de Machado con que Azorín me obsequiara o que él conservara, constaban de un número más alto de páginas, veinte o treinta. Le informé de que tal dato era absolutamente falso; y el comentario de que yo no las había querido sacar a la luz pública para que no se conocieran palabras ateas de don Antonio, una estupidez. Los que tal cosa han pensado o dicho, naturalmente, no me conocen o son conscientes de que inventan o mienten. ¡Qué más hubiera querido yo que recibir de Azorín un tal donativo! Pero hay otras razones para no admitir tal suposición. Primera, que ni en escritos de Machado, ni en cartas de Juan Ramón, ni de Azorín, se hace referencia alguna al respecto. Segunda, porque parece imposible concebir a don Antonio redactando en el segundo decenario del siglo y cuarto de su vida una autobiografía más amplia, ni siquiera achacándola a un apócrifo, por lo poco que le gustaba hablar de sí mismo. Tercera, porque aunque no puedo recordar ahora las palabras con que oralmente Azorín me razonó su regalo, podría haberme quedado alguna duda acerca de esa posible realidad. Y cuarta, porque pienso que si las hubiera tenido me las habría regalado con el mismo gentil desprendimiento que las otras. Sin que nada me obligue a ello voy a hacer una confidencia. Azorín me regaló esos documentos machadianos porque acababa de leer un trabajo publicado por mí en la revista *Índice* sobre el apretón de manos. En él yo me había permitido disentir de Azorín en cuanto a su origen; me felicitó aceptando en un todo mi opinión y me dijo: «Voy a buscar unos papeles que tengo de Antonio Machado y dárselos a usted para que escriba sobre épocas muy anteriores al Machado con quien charló usted en Valencia». Tres o cuatro días más tarde me dio un sobre en que tales papeles venían, con la cuartilla ya publicada. Ante este hecho, ¿podría alguien sostener que Azorín se quedara con papeles complementarios?

La cuartilla en cuestión, escrita a mano en papel impreso del Pen Club, solamente dice: «Querido Dr. Vega-Díaz: acepte usted estos papeles. 22 agosto 60. Abrazos, Azorín».

Segunda: comentarios parecidos me merecen todas las lucubraciones que desde hace tiempo se vienen haciendo sobre la famosa maleta extraviada en el paso a Francia de don Antonio. Recuerdo que hace veinte o treinta años (o más) alguien me dijo que algunos papeles procedentes de la misma obraban en poder de un librero anticuario de la calle